

BOCETO BIOGRÁFICO

DEL GENERAL

BENITO MARTÍNEZ G.

CDD: 923.861



1905

IMPRENTA DE HERNANDO SANTOS

BOGOTÁ

El hombre de las armas; al  
hombre de las letras.

B. Martínez G.



General Benito Martínez G.



CUANDO se escriba la historia de la Regeneración en sus tres períodos y sus diferentes fases; cuando se haga narración de sus hechos culminantes ejecutados para alcanzar un Gobierno justo y eminentemente popular; cuando se imparta la justicia definitiva á los hombres notables que la sostuvieron, y se vea que unos lo hicieron por interés individual, otros por pasiones de partido, y los más con miras patrióticas; cuando se cuente el número de los desertores de aquella comunidad que se formó llamada "Independiente," y aquella otra que substituyó á la primera y que tanta respetabilidad trajo á la Nación bajo el título de "Partido Nacional;" cuando se referan las causas por las cuales se separaron, mirándose de soslayo, los que vivaquearon bajo unas mismas toldas en 1885, y diez años después permanecieron indiferentes ante los peligros de la misma causa; cuando se forme la lista de los tráfugas, entonces se verá que en el número de los que permanecieron leales á la causa que fundó y sostuvo el Dr. Rafael Núñez, está el General *Benito Martínez*.

No como militar solamente se le juzga, pues otros lo han hecho refiriendo sus hechos de soldado valeroso y observador de severa disciplina, sino como hombre leal á las convicciones formadas respecto de un partido, y como observante de esa misma disciplina que no permite al militar en servicio pensar de otra manera que como sostenedor activo del Gobierno.

Cuando en la revolución de 1885 los independientes estaban más amenazados por los revolucionarios que los con-

servadores, fueron muchos los que, contritos, volvieron á sus antiguas filas, porque no comprendían que el partido conservador, sediento de justicia, ponía su fuerza y su prestigio para hacer inclinar la balanza hacia la parte mejor intencionada en favor del progreso del país. Entonces pudieron constarse los verdaderos amigos del orden ; y entre los fervientes partidarios de la " Libertad en la Justicia, " se encontraba, como se encuentra ahora, el General Benito Martínez. Y eso no por un simple acto de simpatía hacia aquella doctrina, sino con pruebas tangibles en el peligro como las dio en la Humareda, en donde, por no dar la espalda al enemigo, fue hecho prisionero, y si salvó su vida fue por la rápida intervención del General Sergio Camargo, Jefe del Ejército enemigo. La simpatía del valor al valor tiene su explicación : el valor unido al deber es una virtud de muchos quilates, y las virtudes no riñen entre sí mismas ; antes bien se establece entre ellas esa corriente simpática que hace á los héroes magnánimos é hidalgos en las situaciones más delicadas. Los servicios que posteriormente prestó el General Martínez á la causa del Gobierno están corroborados por cartas del General Quintero Calderón, que tenemos á la vista, las cuales revelan la alta idea que este leal servidor tenía del General Martínez.

Los militares que han hecho su carrera desde soldados como el General Martínez, adquieren ese carácter que es un culto al deber ; ese desprendimiento que es gaje de patriotismo ; esa sinceridad que inspira confianza, y esa benevolencia seria que informa las costumbres de quien sabe mandar y obedecer. En el General Martínez campean estas cualidades. Subteniente era cuando fue condecorado con la medalla de Cuaspud, batalla en la cual once mil soldados, equipados á la europea, á las órdenes del General Flórez, lucharon contra seis mil colombianos, mandados por el Jefe de más ilustración y fortuna que había tenido el país y arrojaron sus escuadrones hasta las primeras filas de los *Cuadros* del Ejército que defendía el territorio de Colombia. Allí se distinguió Martínez ; y cuando á medio día después de seis horas

de combate, estaba triunfante el Ejército colombiano é iba en persecución del vencido, al entrar á la población de Carlosama, el Párroco á la puerta del templo, revestido, y con la *Majestad* en sus manos implorando la benevolencia de los vencedores, un Oficial que iba adelante fue el primero que dio el ejemplo de respeto, haciendo una genuflexión y gritando ¡ Viva Colombia ! Los soldados victoriosos hicieron lo mismo y no hubo el menor abuso. Este Oficial era Benito Martínez, y el *Batallón Rifles de Bomboná* el primero que llegaba á la citada población.

Dejemos la palabra á los que antes que nosotros se han ocupado en narrar los servicios y méritos de este leal soldado.

“ En el año de 1883, ánimos fuertes se apocaron, convicciones arraigadas cedieron, juramentos empeñados se violaron. Había llegado la hora del general desconcierto, y tal parecía como que á la República le tocaba su hora de iniquidad. En esos momentos de turbación, el General Martínez supo mantenerse firme al pie de la bandera, para sostener con entereza la lucha por las nuevas ideas, y hacer de su conducta ejemplar proceder para los hermanos que falseaban la doctrina. Aquellos días aciagos pudieron evitarse, si con generoso desprendimiento se le hubiera marcado á la institución el puesto que le corresponde, pues entonces no existirían ciertos inconvenientes fatales, los cuales no podemos, ni debemos formular con precisión, sin dar asidero á torcidas interpretaciones y á erróneos ó malignos comentarios, aunque para ello invocáramos la rectitud de nuestras intenciones.

El General Martínez ha asistido á combates reñidos en su larga carrera, entre ellos citamos á Cuaspuj, jornada heroica, y á la Humareda, drama horrible y sangriento.

El adelanto del arte y la ley del progreso, prohíben las carnicerías humanas, y la historia militar condenó á Pirro, cuando después de Ascoli dijo: “ Otra como ésta y soy perdido,” y á Napoleón, cuando después de la gigantesca Moskowa, exclamó: “ Oficio de bárbaros.” A muchas condiciones, sabios maestros exigen la prudencia de Fabio, la ojeada de Condé, y el secreto de economizar vidas de Turena.

El General Martínez es hombre de buen corazón, recto en las intenciones, honrado en el trato—merece el dictado de bueno. Si las torpes humanas injusticias llegaren á amargarle la vida, no importa: las contrariedades son indispensables para aquilatar el carácter en los hombres de cierta altitud moral.

A principios de 1885 se organizó el Ejército de reserva de Santander, y Martínez fue nombrado Jefe de Estado Mayor de la 1ª División, siendo Comandante General el bizarro y modesto General Guillermo Quintero Calderón; pero el Sr. Sorzano, Jefe departamental de Soto, hizo presente al Gobierno del Estado la necesidad de la presencia del General Martínez en el Departamento, y no lo dejó partir. En efecto, la guerrilla de Lebrija había retoñado con 200 hombres bien armados y organizados, que marcharon, vía de Puerto Wilches, sobre los puntos denominados “La Pita” y “El Naranja,” recogiendo cuanto ganado encontraban, bestias, monturas, etc., para auxiliar á Gaitán. Entre lo que tomaron, figuraban 200 novillos gordos de un Sr. Céspedes, de Piedecuesta. El General Martínez pidió la comisión de ir á atacarlos, y salió á media noche de Bucaramanga, con 80 hombres mal armados. En la hacienda llamada “La Pita” supo que la mayor parte del enemigo había tomado para Puerto Wilches, con los ganados y bestias cogidos, y que unos pocos hombres habían tomado vía de Rionegro. Resolvió picar la retaguardia á los que iban para Puerto Wilches, y en consecuencia, emprendió marcha, dando apenas las indispensables horas de descanso á su tropa; llegó al punto llamado “El Conde,” en donde ya pudo tomar al enemigo una partida de mulas y unas cargas de café, que Martínez dejó custodiadas, marchando con 50 hombres en persecución de los contrarios. Su gente desfallecía con marchas tan forzadas por aquellos nada cómodos caminos, y comprendiéndolo, resolvió avanzar al Capitán Arévalo, de Ocaña, con cuatro oficiales más, á caballo, para sorprender al enemigo, siguiéndolos él con su Ayudante y su corneta de órdenes. A menos de un cuarto de legua de Lapayoa, oyó unos tiros, y temiendo por los ofi-

ciales, sin pensar ya en fuerza que le acompañase, pues la que traía estaba muy atrás, corrió en ayuda de sus subalternos; al acercarse al punto en donde se oían los tiros, hace tocar *á la carga!* y eso basta para dispersar completamente al enemigo, que deja en poder del vencedor los 200 novillos, bestias, monturas y provisiones : seis individuos habían derrotado á ciento! y los rebeldes de Soto quedaron anonadados.

Cuando las fuerzas rebeldes de Santander y Boyacá, reunidas, ocuparon á Bucaramanga, el General Solón Wilches, con un día de diferencia, ocupó á Piedecuesta, y allí se le unieron la División que estaba en el Socorro, el Jefe departamental de Soto y el General Martínez con la escasa gente que le quedó en Bucaramanga, á la salida del General Juan Manuel Dávila, que llevó la mejor y más bien armada, para unirse al General Wilches en el Socorro.

Sin que se pueda explicar por qué, teniendo el General Wilches fuerzas suficientes para atacar, no atacó á los revolucionarios. Cuando en virtud de la simulación de un ataque, sorpresa y captura de una avanzada, que realizaron de noche seis valerosos y arrojados servidores del Gobierno (entre ellos el Dr. Aurelio Mutis y el Comandante Víctor Sánchez) los revolucionarios abandonaron á Bucaramanga y se hallaban reposados en "La Pita" y "El Naranjo," el General Wilches, ordenó ocupar á Bucaramanga, y en efecto fue ocupada. Los rebeldes continuaron ocupando los mismos puntos, varios días, sin ser molestados. Cuando se supo que el enemigo seguía su camino hacia el Río, para embarcarse, el General Wilches le envió comisionados para que se rindiera.

Cuando desocupó "El Naranjo," el General en Jefe ordenó que lo ocupara el General Ramón Rueda con su División, orden que se cumplió, como la posteriormente dada de que toda la fuerza ocupara el mismo punto mencionado. Sin ser molestados, pues, los revolucionarios de Santander y Boyacá, se embarcaron para la Costa Atlántica.

Martínez era de los más disgustados con aquel resultado.

Bien pronto llegaron á Bucaramanga las Divisiones de los Generales Cuervo, Ayarza y Morgan, y los Jefes, de acuerdo con el Sr. Dr. Antonio Roldán, Secretario de Gobierno de Santander, resolvieron abrir operaciones sobre la Costa. ¡Tardío remedio á un mal que tan fácilmente pudo evitarse! Cuando los revolucionarios ocuparon “El Naraujo” y “La Pita,” no tenían ni 20 cápsulas por cabeza! ¡Cuánta sangre y sacrificios de todo género no se habrían ahorrado al país, atacándolos allí ú obligándolos á rendirse!

Pero anudemos nuestro relato. Dispusieron los Jefes que en las operaciones sobre la Costa, llevase la vanguardia la División del General Quintero Calderón, de la cual era segundo el General Martínez. La División de Quintero estaba muy mal armada: apenas tendría unos 250 rémingtons, distribuidos en el Batallón *Gramalote*, cuyo Jefe era el malogrado General Ensebio Rojas, y en el *Soto*, mandado por el entusiasta Coronel Joaquín Durán y Comandante Ignacio Foliaco.

Formaban el resto el *Pamplona*, que fue disuelto en Gáchiva, y el batalloncito *González Lineros*, de 80 hombres armados con fusiles de percusión.

En La Cruz recibió el General Quintero telegrama del Gobierno nacional, en el cual le noticiaba que la 1ª División del Ejército de Reserva se declaraba del Ejército nacional, denominándose División *Quintero Calderón*, al mando del temido Jefe del mismo nombre, y del valeroso y abnegado General Martínez.

Estos procedieron con toda actividad á la debida reorganización de la División, y Martínez fue á Ocaña á acabar de hacer lo posible en ese sentido. Pocos días después el Gobierno ordenó al General Quintero que avanzara á Puerto Nacional, en combinación con las fuerzas que debían bajar de Honda. Las fuerzas de que disponía no eran suficientes para salir al Río; pero Jefes como Quintero y Martínez cumplen las órdenes que se les dan, aunque sea con peligro de su vida; y como, por otra parte, abundaban en deseos de llamar la atención por aquel lado á los revolucionarios, á fin de que

no se lanzaran todos sobre la expedición de Antioquia, Martínez salió con 200 hombres á Puerto Nacional, infundiendo ánimo por dondequiera, enviando postas á todos los puntos del Río, para que ayudaran en cuanto pudieran, pues (comunicaba él) la vanguardia del General Quintero, compuesta de 500 hombres, había llegado á dicho Puerto. Entusiasmado el General Buenaventura Reinales, avanzó con su flotilla compuesta del buque de vapor *Emilia Durán* y varias embarcaciones menores.

El General Quintero se había quedado en Ocaña, tratando de conseguir dinero (de que tan escasa estaba su fuerza) y elementos de guerra. Aún se convenció de que nada ó casi nada podía sacar de allí, voló á sacrificarse con Martínez á la orilla del Río, ordenando en seguida que los que pudieran se embarcasen en unas pocas canoas que había, y los que no cupieran, se fueran por tierra, á salir á La Gloria. Esta operación riesgosisima por tener el enemigo vapores con que atacarlos de un momento á otro, se ejecutó con felicidad. En La Gloria se unieron á la vanguardia el Batallón *Gramalote*, siempre al mando de Rojas, el *Ocaña*, á órdenes del Coronel Francisco Aguilera, y alguna pequeña fuerza más, con lo que se completaron 600 hombres. Esto pasaba á fines de Mayo, y en esos mismos días llegó la deseada flotilla, al mando del abnegado y sereno General Reinales, con artillería y unos 280 hombres que formaban el Batallón 23, al mando del Coronel Teodomiro Duarte.

El 2 de Junio, los buques rebeldes *Bismarck* y *María Emma* atacaron las fuerzas nacionales estacionadas en La Gloria y fueron rechazados con pérdidas.

En este combate el *Bismarck* fue inutilizado por los primeros tiros de artillería que contra él dirigió el entonces Ingeniero y Comandante Diego de Castro.

Más tarde tuvo lugar el reñido y tremendo combate del "Jobo" ó "*Humareda*." No trataremos de describirlo, porque para hacerlo debidamente es necesaria una pluma más vigorosa que la nuestra, y porque no queremos detenernos á detallar aquella espantosa hecatombe, en donde corrieron

arroyos de sangre colombiana. Baste á nuestro propósito decir que allí pelearon 400 hombres de fuerzas nacionales (el *Gramalote* estaba en comisión y el 23 no entró en combate,) contra 3,000, poco más ó menos y toda la artillada flotilla de la revolución ; que para decidir ésta el combate en su favor, los Generales tuvieron que pelear como soldados, y con todo duró 9 horas ; por último, que en la artillería del Gobierno, que tan terriblemente combatió, sólo pelearon 20 hombres, y en ella se hallaron los Generales Martínez y Reinales, que después de crudo batallar cayeron prisioneros. ; Rara vez se hallarán tres Jefes reunidos, como éstos y el General Quintero Calderón ; muy rara vez se peleará como se peleó en el Jobo ; escasa es la gente como la que formaba la División *Quintero Calderón* ! El Jefe de este nombre recibió una letra por \$ 60,000 contra la Aduana de Cúcuta, para organizar su División ; nada tomó de ella, y la entregó para otros gastos ; sus tropas sufrían escaseces, y con todo, llenas de entusiasmo patriótico, combatieron como leones. ; Honor á ellas y á sus bizarros y desinteresados Jefes !

Tal es el General Benito Martínez G., á quien con tanto acierto encargó el Gobierno nacional del mando de las guarniciones de Ocaña, Barranquilla y Santamarta. Puesto es ése de suma importancia, de verdadero honor : lealtad, firmeza, prudencia, valor se necesita para su buen desempeño, y el General Martínez abunda en esas cualidades. Si el cumplimiento del deber es el camino de la gloria, como dice un escritor inglés, el General Martínez tiene ya de ella mucho alcanzado.”

“ Cuando estalló la guerra de 1899, el Gobernador del Cauca, comisionó al Sr. General Martínez G., para organizar en el Sur del Cauca una fuerza que entonces se llamó 3ª División, la cual constaba de mil hombres. Organizada rápidamente aquella fuerza, salió á fines de Noviembre de aquel año de Popayán, á marchas forzadas, en vía para el Norte de la República en donde la revolución se hacía poderosa. De las marchas del día se descansaba en el campamento con el constante ejercicio nocturno de la instrucción de campaña,

hasta el punto de que cuando esa fuerza se incorporó al Ejército del Norte, llevaba batallones como el inolvidable *Timbío*, el cuerpo que más se distinguió en Palonegro al mando del General Antonio Elvira, heroicamente muerto en aquella jornada.

Del Norte fue llamado el General Martínez G. á ocupar el importantísimo puesto de Jefe de Estado Mayor General del segundo Ejército de Reserva. Encargado de este puesto llevó á él su espíritu organizador y su disciplina, que es el punto culminante de su vida militar, y en pocos días pudo marchar de nuevo al Ejército del Norte con dos mil hombres. Obtenida la victoria de Palonegro, el General Ramón González Valencia confió en Gramalote al General Martínez el mando de la 3.<sup>a</sup> División del segundo Ejército de Reserva, incorporado ya en su mayor parte al grande Ejército del Norte. Encargado de una fuerza diezmada por las enfermedades, fuerza cuyo Cuartel General fue diezmado por la fiebre, aniquilada, desalentada, empobrecida, le tocó marchar á la mortífera región de Sardinata, con un fin tan importante, como decisivo : impedir que los restos de Palonegro al mando del General Rafael Uribe Uribe pudieran llegar hasta Cúcuta á unirse allí con las fuerzas del General Benjamín Ruiz, hacerse fuerte con el copioso parque que allí había, y rehacerse con los abundantes recursos con que el General Ruiz contaba. El General Martínez animando á sus soldados implorando á los amigos que desalentados se cambiaron en entusiastas hasta el punto de facilitarle todos los recursos posibles con patriótica abnegación, ocupó su puesto á la hora precisa. El General Martínez sólo contaba con seiscientos hombres, aniquilados por las penurias, agonizantes muchos, y sin embargo el General Uribe se engañó á pesar de su pericia, á pesar de su gran espionaje, á pesar de su actividad : creyó que esa fuerza era una fuerza poderosa al mando de un Jefe cuya voz conoce el soldado, porque la ha oído durante muchos años, y tomó la vía de Ocaña.

Despejado el Norte de Santander, el General Uribe volvió con los restos de su Ejército á la Provincia de Soto. En-

tonces el General González Valencia destacó al General Martínez G., con su fuerza á El Playón con el objeto de impedir que el enemigo obtuviera recursos. Allí permaneció el General Martínez un mes en un clima mortífero, aislado, entregado á su propia suerte, con víveres muy escasos, con sus compañeros desnudos, empobrecidos, enfermos y hambreados, pero no desalentados, porque es propio del Jefe competente no dejar perder nunca la confianza en el triunfo de los suyos, ni aun en los mayores apuros.

Dividida allí la fuerza del General Martínez ocupó una parte de ella la vía de Ocaña con el objeto de impedir que el General Uribe regresara al Norte, y la otra la vía que cerraba el paso á la parte rica de la Provincia de Soto. El General Uribe, entonces, perdida su retaguardia, tuvo que lanzarse á la aventura hacia el Sur de Santander. Pero luchador convencido, soldado infatigable, aunque derrotado, fue á estrellarse en Capitancitos, Lincón, San Juan Nepomuceno y *Alto de la Paja*, contra fuerzas del Gobierno que, debido únicamente á la actitud del General Martínez G., por todas partes le cerraban el paso, hasta que aniquilado pero sin darse por vencido, tomó el desierto poblado de selvas seculares y fieras tropicales con tres compañeros á pie, sin recursos, sin más que su ánimo intrépido y la soledad inmensa con todos sus múltiples peligros para reaparecer en la Costa de pie y temible todavía.

Mas la lucha aún continuaba sin tregua. En Octubre de 1900 se pronunció de nuevo en la Provincia de Vélez el General Ramón Neira con abundancia de provisiones y con lujo de elementos. Dueño de posiciones militares muy buenas y muy conocidas de él; en una región amiga de su causa; rodeado por una juventud valiente, en una provincia riquísima; y en pocos días levantó un Ejército brioso y bien equipado.

Santander estaba exhausto. Su tesoro estaba agotado. El General González Valencia estaba vencedor pero debilitado por tan tenaz y formidable lucha.

Sin embargo forzoso era atender al nuevo peligro. Como

siempre tocó al General Martínez G. la vanguardia. Destacado sobre la Provincia de Vélez, teatro del General Neira, le tocó emprender marcha á pasitrote por un país desolado por la constante permanencia de numerosas fuerzas y por el paso incesante de fuerzas más numerosas aún, lo que consumió cuantos recursos inmediatos contenía aquella rica región. A marchas aceleradas, sin vehículos de ninguna clase, andando á pie Jefes y Oficiales, llevando el parque á espaldas de una tropa fatigada que hubiera decaído en poder de cualquiera otro Jefe, coronó su difícil empresa llegando el 16 de Noviembre de 1900 al importantísimo combate de Güepza y decidiendo con su presencia y con su eficaz ayuda aquella jornada gloriosísima en que cayeron en poder del Gobierno seiscientos prisioneros, trescientos bagajes que les tomaron los Generales Cuervo y Acuña, mil y tantos rifles, cuarenta cargas de parque, y en una palabra cuantos elementos contaba el enemigo. El General Neira en aquella jornada, gracias á su gran conocimiento del terreno, escapó solo hacia Boyacá, para revivir luego, crear un nuevo Ejército y volverse á presentar amenazante y poderoso.

Tal era la penuria en que estaban las fuerzas del General Martínez G., que hubieran ocupado los Generales y Jefes de ella la plaza de Vélez á pie, si el benemérito luchador Sr. General D. Tomás Galvis no les hubiera proporcionado galantemente bestias de su propiedad, después de obsequiarles en su quinta con patriótico almuerzo.

Ocupada la Provincia de Vélez por las fuerzas del General Martínez, y pacificada por el momento, no tardó en reaparecer en las formidables posiciones de *El Encenillo*, el General Ramón Neira con fuerzas de consideración y con Tenientes avezados á la guerra de montañas. Aquel Jefe revolucionario constante, tenaz, implacable, no dio á las fuerzas del General Martínez G. momento de tregua. Conocedor de la montaña, en una región donde el Gobierno no tenía ni un amigo y él los tenía todos, provisto de recursos se presentaba un momento á descubierto con sus fuerzas, hacía una provocación, destruía é inutilizaba parte de las fuerzas del-

General Martínez, y luégo se evaporaba en la montaña para reaparecer momentos después haciendo uso nuevamente de tan socorrida táctica.

En tal situación, permanentemente asediado, constantemente amenazado, falta de recursos, escaso de elementos, sin municiones, con pocos rifles, en un terreno hostil por todas partes, el General Martínez supo sostenerse valientemente, atendiendo á todo y noblemente secundado por el Cura de Vélez, Dr. José Nepomuceno Riaño y por los incansables patriotas Generales Tomás, Rafael y Leopoldo Galvis, quienes le suministraron dinero, y el Dr. Riaño bagajes, ganados, víveres y 300 rifles *grass*, bien dotados los últimos, elementos con que el General Martínez atendió á todo, hasta donde se pudo.

Pocas veces se ha necesitado más el concurso de los amigos, y pocas veces también ellos lo han prestado con más decisión y eficacia.

Sabido es que en Vélez, no sólo en la ciudad, sino en la Provincia toda, imperaba el Liberalismo con notable mayoría. Apenas sí se pueden contar como amigos de importancia el Dr. Riaño y los Galvis ya nombrados, el General Isafás Acuña y los amigos de estos señores. Fuera de esto todo era hostil en su mayor parte, ó los demás amigos si llegaban á obrar no obraban sino á medias, por compromiso, más que por patriotismo, con vacilaciones y reticencias hasta el punto de no poderse contar con ellos, porque aunque sea mucha su buena voluntad, su decisión por la causa, no va más allá de platónico amor.

A tan angustioso estado de cosas agréguese que el Gobierno, por más que lo deseara, no podía atender á las fuerzas del General Martínez G. con ninguna clase de recursos. ¿Qué hacer, entonces? El General Martínez G. resolvió la situación, desprendiéndose accidentalmente del mejor y el más necesario de sus auxiliares: envió á su Jefe de Estado Mayor, el valiente General Belisario Acuña á Bogotá, con el fin de solicitar algunos auxilios del Gobierno Nacional. Este Jefe experto, activo, inteligente y decidido no vaciló en afron-

tar los peligros de tal comisión, y se vino á la capital con el fin de atender á su cometido. Tal comisión en tales momentos era un verdadero peligro, porque para recorrer la vía de *El Moro*, infestada no tanto de enemigos políticos, cuanto de gentes á quienes ningún crimen detenía en cambio de un merodeo cualquiera, preciso era resignarse de antemano á entregar la vida, aun vendiéndola muy caro.

Pero el General Acuña venció aquella serie de obstáculos y logró llegar ileso á la capital, en donde no embargante su expedición para los negocios, y sus elevadas relaciones, mas el buen deseo del Gobierno tardó cuarenta días en alcanzar algunos recursos pecuniarios y algún vestuario. Ni lo uno ni lo otro satisfizo las necesidades de la División, apenas sí las aliviaron en algo. Con estos pocos recursos y no embargante la actividad que le es habitual, regresó el General Acuña, al cabo de cincuenta y cinco días.

Es de notarse que esta fue la época más ruda de la campaña que tocó al General Martínez G., porque duró siete meses entregado á sus propias fuerzas y sin más recursos que los de los amigos, pues una circunstancia sobre la cual debe hacerse hincapié es la de que el General Martínez no ordenó expropiación de ninguna clase contra nada ni contra nadie.

La situación se hacía más y más penosa cada día. El General Neira abandonó *El Encenillo*, y de improviso se lanzó sobre Chiquinquirá. En una marcha forzosísima llegó el General Martínez á Chiquinquirá y en las primeras horas del día 12 de Enero de 1901 el General Martínez con su vanguardia asaltó la plaza, ocupada ya por parte de las fuerzas enemigas, y tras un combate sangriento y encarnizado en que se llegó á luchar cuerpo á cuerpo con indiscutible valor de una y otra parte, al fin alcanzó una victoria completa y brillante. Oigamos lo que á este respecto dice el General Clímaco Silva, Gobernador de Boyacá :

Yo Clímaco Silva, General de División del Ejército, en uso de Letras de Cuartel,

CERTIFICO :

En el mes de Noviembre del año de 1900, que me ha-

llaba encargado de la Jefatura Civil y Militar del Departamento de Boyacá, en la combinación que hice en mi carácter de Jefe del Ejército de Boyacá, respecto de los movimientos que debieran efectuarse al Occidente del Departamento en los límites con Santander, conté con la cooperación de la 21<sup>a</sup> División del Ejército de Santander al mando del Sr. General Benito Martínez, enviada con tal fin por el Sr. General González Valencia.

En las instrucciones que di por escrito al Sr. General José de los Santos Cuervo, Jefe nombrado por mí para aquella expedición, dicté las medidas que creí prudentes para evitar una colisión entre los Jefes que debían tomar parte en las operaciones militares y que pudieran poner en peligro el resultado del combate que allí iba á librarse. El General Martínez con su actividad acostumbrada y con la subordinación y disciplina que le es peculiar como soldado veterano, concurrió al combate de Güepza prestando un concurso eficaz en los movimientos dispuestos por el Sr. General Cuervo como Jefe de operaciones, de tal manera que el combate de Güepza ha sido uno de los que han dado resultados más completos y definitivos en la presente guerra.

Después del citado combate, el General Martínez permaneció con su División en la Provincia de Vélez, atravesando una situación crítica en materia de recursos, porque le adeudaban los haberes de la División desde tiempo atrás y no disponía de recursos para el sostenimiento de su fuerza. Quise yo entonces, y así lo solicité del Gobierno, la incorporación de esa División en el Ejército de Boyacá, pero en esos momentos fui reemplazado en el Ejército por el General Jorge Moya, y mi deseo no se realizó.

El día 12 de Diciembre del mismo año, me hallaba encargado de nuevo del mando del Ejército—por haberse separado el General Moya—cuando se me dio aviso de la aproximación del Ejército revolucionario al mando del titulado General Benito Ulloa á la ciudad de Chiquinquirá, cuya plaza estaba desguarnecida. Entre las medidas que adopté para su defeusa, y disponiendo de un tiempo apenas preciso para

concurrir rápidamente, llamé al General Martínez á Puente Nacional por medio de un posta despachado de Leiva en la madrugada del día 11 para que marchara por la vía de Saboyá á reforzar los movimientos de nuestras fuerzas. No habiendo concurrido personalmente el General Martínez, envió inmediatamente el Batallón *Girardot* al mando del Coronel Luis Soto, el cual llegó oportunamente y tomó parte en el combate. El éxito fue completo, pues la revolución huyó después de dos días de recia lucha, en que se apeló al incendio, que hubiera destruído la población sin el auxilio de aquel Batallón.

La importancia de este combate fue grande, si se considera que el enemigo habría sacado de aquella plaza —amiga y rica— gran cantidad de recursos y se habría abierto paso para el Norte á reunirse con las fuerzas de Rafael Camacho y formar un Ejército respetable.

Los servicios prestados por el General Martínez en el Departamento de Boyacá en la presente guerra, fueron de grande importancia, y me complace en dar testimonio de ellos como un acto de estricta justicia.

Bogotá, Noviembre 10 de 1902.

CLÍMACO SILVA

Los dispersos de Chiquinquirá volvieron sobre sus baluartes de *El Encenillo*, y continuaron amenazando la Provincia de Vélez. Entonces el General Martínez contramarchó sobre esta última plaza y volvió á establecer en ella su cuartel general, manteniendo á raya al enemigo que en huestes numerosas y al parecer pacíficos inundaban la Provincia. Así se sostuvo el General Martínez durante siete meses, hasta que, á principios de Septiembre del mismo año de 1901, el General Martínez se separó de la División con licencia, y vino á la capital solo.

El General Martínez, siendo Comandante General de la 4ª División del Ejército, compuesta de los Cuerpos 9º de *Tiradores* y 14 de *Rifles*, notables por su fama de disciplina, conocimiento de la mecánica del servicio y aptitudes de vete-

ranos, el primero en la guarnición de Bucaramanga y el segundo en la de Pamplona, pasó Revista de Inspección para enviar al Jefe de Estado Mayor General una relación exacta y verídica del estado de aquella fuerza.

En la Institución militar el empleo de Inspector es en extremo honorífico, porque el Gobierno, para inquirir el verdadero estado de los cuerpos, no tiene otro medio que la intervención del empleado á quien se confía tal misión, el cual empleado debe revestirse de una serena imparcialidad y un tacto exquisito para exponer la verdad sin herir susceptibilidades de Jefes, Oficiales ni tropa.

El Informe del General Martínez es un modelo en su género.

Los Inspectores que todo lo elogian, é informan que todo está muy bueno, ó no pasan revista como se debe ú ocultan los defectos para los cuales, con su presencia, empezaría el correctivo; porque no es posible que en colectividades como la de que se compone un batallón, en el que entran en juego diariamente todos los caracteres y todas las pasiones, no haya nada que censurar, nada que reprender, nada que corregir, nada que castigar. En el Inspector descansa la Comandancia General, por ser este empleado el Fiscal de los cuerpos. El averigua, ó averiguar debe, qué Jefe ó segundo Jefe permite en la oficina de la Mayoría escenas de garito; qué Habilitado paga á la tropa cuatro días después de aquel en que percibe el dinero; cuál compra los sueldos á los Oficiales ganando el tanto por ciento; cuál demora los pagos para saldar cuentas propias; qué Oficial en estado de embriaguez castiga ó hace castigar injustamente á sus subordinados, etc., etc.

El Inspector observa, como lo observó el General Martínez en Bucaramanga, las relaciones frecuentes de las clases y tropa con gentes enemigas del Gobierno en vísperas de estallar la revolución, minuciosidades tanto más peligrosas cuanto que parecen de poca importancia é influyen poderosamente al principio de los alzamientos ó motines.

La relación de los servicios de un militar en campaña,

tienen mayor interés cuando quien la hace es testigo presencial de los hechos, veterano en lo que esta palabra significa y compañero de glorias y decepciones, que juntas suelen andar en esta carrera donde crecen flores y zarzas.

Oigamos al General D. Daniel E. Pardo :

Sr. General D. Benito Martínez— Presente

Estimado amigo y compañero de armas :

Muy grato me es contestar á usted su carta recibida hoy: Bastante difícil se me hace darle solución detallada á los distintos puntos que usted solicita, los cuales no son más que reminiscencias históricas de la campaña de 1895, en la cual me cupo el alto honor de pertenecer al Ejército del Norte, como primer Jefe del Batallón *Granaderos* número 1º, bajo sus inmediatas órdenes como Comandante General de la 1ª División del primer Ejército de la República, en operaciones en esa región.

Al primer punto: Después de terminada la lucida campaña efectuada y dirigida por nuestro benemérito caudillo el Sr. General Rafael Reyes, en tan poco tiempo, dándole fin con la acción de armas favorable y definitiva para nuestras fuerzas, en el reñido combate de *La Tribuna*, contra las fuerzas enemigas comandadas por el Sr. General D. Siervo Sarmiento, hasta terminar con los rebeldes en la entrega de armas en el punto denominado *Chumbamuy*, al Occidente de Cundinamarca, pacificado así y concluída la revolución que amenazaba en número gigantesco á los Departamentos de Cundinamarca y Tolima.

Al segundo punto: Al regreso victorioso á la capital con el Ejército del ya mencionado General, se supo en los campamentos que nuestros compañeros ( Fuerza legítima), habían sufrido un gran desastre en Boyacá, en el punto llamado *Sote*, cerca á Tunja, cuyo Ejército lo comandaba el Sr. General D. Jorge Moya Vásquez. Al llegar á la capital se nos dio orden por nuestro Comandante en Jefe que lo era el Sr. General D. Juan N. Valderrama, para que mar-

cháramos á paso de trote á ponernos á órdenes de los Sres. Generales Juan N. Matéus y Próspero Pinzón, Comandante en Jefe y Jefe de Estado Mayor General, respectivamente, quienes se hallaban en Tunja.

Al tercer punto : Al incorporarnos, fuimos reorganizados de *Columna de Occidente* ("Ejército Reyes") en 1ª División del primer Ejército de Boyacá. Entonces fue cuando el suscrito en la reorganización pasó de Comandante General de los Regimientos, al de Jefe del Batallón mencionado antes (1.º de Granaderos), y así emprendimos la campaña sobre el Norte de la República, en persecución del Ejército revolucionario comandado por el Sr. General Pedro María Pinzón, acompañado de otros Jefes connotados del partido liberal, tales como los Sres. Generales Herreras, Sarmientos, Gutiérrez, Soto, Tavera, etc., etc., hasta librar el combate sangriento para ambos ejércitos en el punto denominado *La Cruz Colorada*, acción definitiva y favorable para el Supremo Gobierno. En este combate observó el suscrito el distinguido comportamiento concerniente al valor y buenas disposiciones empleadas por usted, y buena dirección, distinguiéndose también su Ayudante, el joven su hijo Jorge, que entonces tenía 13 años, y el cual hoy es General de la República, debido á la conducta observada como Comandante de un crucero, en la traición ejecutada en Panamá, para la desmembración del territorio colombiano.

Al cuarto punto : En esta acción de armas me consta que por una de las descargas cerradas que sobre nosotros dirigía el enemigo desde sus atrincheramientos, fue usted herido levemente en la cabeza y dado muerte á la caballería que usaba, en momentos en que nuestro abanderado, que lo era el Subteniente Alejandro Díaz G., hoy Coronel, desplegaba esfuerzos sobrehumanos ayudando al batallón con bandera desplegada á la vanguardia avanzando terreno hacia las trincheras hasta tomar el punto culminante con el sacrificio de ciento diez y seis (116) vidas de la tropa del Batallón ; y,

Al quinto punto : La conducta de usted como la sus Ayu-

dantes, á la vez que la de los demás cuerpos que componían la División mencionada y que recuerde, su Jefe muy distinguido que comandaba el Batallón 2º, Sr. Coronel Benigno Valderrama, el cual sobresalió por su pericia, valor y abnegación, como también los Jefes, Oficiales y tropa del Batallón 3º, mandado por el Sr. Coronel D. Manuel Medina, quien sacrificó su vida en favor de la causa legítima en la próxima guerra que acabó de pasar. La campaña viva, terminó en *Capitanejo*, con la entrega de armas de los rebeldes, debido á la buena dirección y actividad de los referidos Jefes superiores.

Dejo así consignados mis recuerdos históricos hasta donde me ha sido posible traerlos á mi imaginación, y que deseo le sirvan, y quedo su muy atento y seguro servidor,

DANIEL E. PARDO C.

El Sr. General Benito Martínez, ha opinado siempre, desde que se inició el movimiento que trajo al país las instituciones que actualmente rigen, que la duda no debe hacer vacilar un instante en seguir la línea trazada desde el principio de la Regeneración por el programa del partido conservador. La duda, dice él, quebranta los mejores propósitos ó disminuye la energía que los distingue. Y así es la verdad. La duda, dice Michelet, hablando de la Convención francesa, perdió á muchos hombres y entre otros á Robespierre, de quien decía Maury : " Este hombre irá muy lejos, porque cree en lo que dice." En efecto, el 9 *Thermidor* fue muerto por las dudas de media hora.

Si buscáramos ejemplos de los resultados de la duda de los hombres notables de nuestra patria, tratándose del bien público, como lo han entendido en diversas épocas de nuestra historia, hallaríamos ejemplos de hechos lamentables. La duda en los hombres de Estado, en los guerreros, en los caudillos, en los conductores de los pueblos, en los Jefes de Partido, ha sido siempre precursora de su ruina : El Libertador nunca dudó mientras estuvo en lucha con el despotis-

mo peninsular. En Casacoima derrotado, desnudo y prófugo, como le preguntasen qué pensaba hacer, respondió con el acento de la convicción: ¡“Triunfar!” Posteriormente lo asaltó la duda y dijo que había arado en el mar; porque á pesar de su vasta ilustración y conocimiento de los hombres, no sabía que no hay para pagar los grandes servicios más que una moneda: la ingratitud.

En 1830 asaltó al Mariscal de Ayacucho la duda del orgullo; y aun que le dijeron que en ese camino había peligro, no prestó atención, y fue asesinado. Treinta años más tarde, el poeta-soldado cayó en el mismo punto, por iguales circunstancias y con la misma advertencia. La duda de la dignidad lo acercó al peligro.

En la noche del 22 de Mayo de 61 fue avisado el General Mosquera, que iba á ser amarrado por los mismos de su comitiva; pero éste respondió con la duda de la soberbia: “Esas son cosas de los sacristanes.” Y amaneció prisionero y anulado su prestigio.

No hace siete años que tres Ministros de Estado, notables por sus talentos y servicios á la patria, víctimas de la duda que engendra la delicadeza del Magistrado, dejaron su empleo, porque “al anciano se le había metido en la cabeza que estaba organizada la revolución y quería que se aprehendiera á varios ciudadanos en la capital.”

La duda de aquellos señores produjo efectos contradictorios y ha costado al país 40,000 cadáveres y doscientos millones de pesos.

Puede que la duda de ayer no sea generadora de la duda de hoy, y que la enseñanza que dejan los hechos cumplidos, sirva á los que se aleccionan en la política, cuando ésta presenta, como sucede actualmente en Colombia, faces contradictorias y problemas de difícil solución.

El Gobierno á quien con briosá lealtad ha sostenido el General Martínez, lleva la línea recta hombro á hombro con la opinión nacional, y cuando se transita por ese camino no se debe retroceder.

Todo retroceso, física y moralmente hablando, hace perder prestigio, anula la confianza y genera debilidad.

Si la duda llegara á enseñorearse de los gobernantes y en sus vacilaciones miraran para atrás, podría decir como el Libertador : “ Hemos arado en el mar.”

Perdone el Sr. General Benito Martínez, que quien lo conoció de Subteniente y lo ha visto levantarse por su propio esfuerzo hasta el grado más alto de la jerarquía militar, subiendo en esa escala peldaño por peldaño, siendo cada uno de estos un combate y una victoria, se haya ocupado de hacer este boceto, muestra de amigo que no de escritor.

JOSÉ L. CAMACHO

Marzo 15 de 1905.